

trage indicaba en el momento su baja condicion.

Pablo, al clavar los ojos en el grupo, reconoció al doctor, de quien poco antes se habian ocupado los jóvenes, cuya conversacion habia escuchado, y se sorprendió.

Excitada su curiosidad por lo que habia oido hablar de él, no quiso perder ni una sola palabra de las que pronunciaban, y escuchó con la mas viva atencion el diálogo que mantenian.

—¿Con que me merca vd. las flores para mi altar? ¿cirilo ó norte (1)?

Volvió á preguntar con desenfado la Federacha.

—Sí; mas tarde:—contestó el doctor tartamudeando;—pero ahora es imposible porque voy de prisa.

—Irá su merced siguiendo á alguna *catrina*, y por eso será. ¿A que si estuviera esto mas sólido (2) no se mostraba su merced tan *polinario* (3)?

(1) Sí ó no.

(2) Solo, sin gente.

(3) Ingrato.

—No, á nadie sigo; pero me es preciso comunicar un asunto de importancia á esas dos señoras que van ahí delante, y no puedo detenerme.

Pablo dirigió la vista hácia donde habia indicado el doctor, y al descubrir á la hermosa Luz y á Rafael que venia de frente, adivinó el intento de Willey.

—*Vaiga* su merced por donde guste,—respondió la Federacha.—Solo le *albierto* que no le perdono las flores que me ha ofrecido.

Y la Federacha, dejando al doctor, siguió su camino en compañía de la Tangos, llamando la atencion de todo el mundo.

Willey, al verse libre, trató de ganar el tiempo que habia perdido, y apresuró el paso para alcanzar á la hermosa Luz que iba ya á bastante distancia.

Los tres individuos con quienes le vimos llegar, volvieron á marchar detras de él.

—¿No le parece á su merced, amo Don Juanito—dijo Pablo—que ese extranjero trata de estorbar que esa señorita Luz y D.

Rafael, de quienes se ocupaban aquellos *catrines*, se hablen?

—Así me parece.

—¿*Quere* su merced que le sigamos para ver si es verdad?

—Pero ¿qué nos importa?

—La verdad, desde que conocí á ese señor, me *discuadró*, y, la verdad, como ví padecer tanto á mi amo D. Miguel por causa de un tal Rossi que, entre *pariéntesis*, era mas enamorado que *Tupido*, no quisiera que el novio de esa señorita sufriera lo que sufrió mi amo.

—Pero ¿qué vamos á hacer?

—Nada, sino que yo quisiera observar, y si algo descubriese, decirle al interesado que vigilase con los cien ojos de *Arcos*.

—Argos, Pablo, Argos.

—El caso es que su merced me entiende.

¿*Quere* su merced que le observemos?

—Vamos por donde quieras.

Y Pablo y D. Juan marcharon detras de Willey.

Sus tres amigos le seguian á prudente distancia.

El doctor, por fin, llegó á alcanzar á las señoras, y les dirigió la palabra.

Los tres individuos se detuvieron al ver que se quedó á hablarlas. Luz, al verle, se puso pálida como un difunto. D. Juan y Pablo, que seguian al doctor, hicieron alto, y se colocaron á cierta distancia para escuchar lo que hablaban.

En aquel momento llegó á donde estaban las señoras, el galante Rafael.

La hermosa Luz vió el cielo abierto al tenerle á su lado, y le dirigió una dulce mirada, en que iban expresados su gratitud y su amor.

—¿Quieren vdes. continuar andando hasta llegar al fin del callejon de S. Miguelito, y concederme la honra de acompañarlas?

Preguntó el doctor.

—Con mucho gusto.

Contestó la anciana.

Luz dirigió á su amante una mirada de inteligencia para que no la dejase con el doctor.

Rafael comprendió el deseo de su amada;

y cuando Willey ofrecia su brazo á la jóven, aquel hacia otro tanto.

—Mil gracias, señor doctor:—dijo Luz apoyando su brazo en el de Rafael:—tenga vd. la bondad de dárselo á mi mamá.

Willey reprimió su cólera, y presentó el brazo á la anciana.

Una carcajada sonó detras de él.

El doctor volvió la cara, y vió á Pablo que hablaba con D. Juan sin poder contener la risa; pero como ignoraba si se reian de él ó de algun punto de la conversacion, se vió precisado á callar.

Luz y Rafael iban por delante entretenidos en una conversacion en que expresaban, en dulcísimos conceptos, todo el amor del alma, sus proyectos de ventura para el porvenir, su felicidad sin término, y el eden de goces en que iba á resbalar su vida.

La alegría que reinaba en aquel instante en el punto que recorrian; la vista de las flores que cubrian las canoas y la orilla del canal; la embalsamada atmósfera que respiraban, el bullicio causado por la multi-

tud que habia acudido para ver entrar las ligeras embarcaciones de los indios; los gritos de éstos pregonando sus efectos, y el confuso murmullo de tantas voces juntas, contribuia á aumentar el encanto de aquel instante en que sus almas identificadas por una sola idea, por un pensamiento, por una pasion, el amor, creian escuchar en todas partes la voz del objeto amado que el viento llevaba de horizonte en horizonte publicando su felicidad.

Era uno de esos instantes de pasion y de amorosa embriaguez que compensan con usura todos los tormentos, todos los sobresaltos, todas las lágrimas que acompañan la vida entera de los amantes.

Se hallaban en un sitio en que todo respiraba amor, las flores, el agua, la atmósfera impregnada de aromas, el cielo, la brisa y las bellas jóvenes que, seguidas de sus tiernos adoradores, recorrian aquel punto, soñando despiertas en un mundo de bienaventuranza sin término y de placeres inefables sin guarismo.

Esas jóvenes se hallaban en la época de

la poesía, como hemos indicado que dicen algunos: en la edad que el Himeneo, hijo de la hermosa Vénus, se presenta á sus ojos con el bello colorido de la mitología, jóven lleno de atractivo, robusto y hermoso, coronada la sien de rosas y con una antorecha en la mano indicando el amor inestinguible, el amor puro, la luz de la felicidad en la vida, las flores que embalsaman la existencia de los que se unen, y la antorecha que alumbraba el sendero de su ventura. Se hallaban en ese dulce período que puede considerarse como la introducción á la vida de esposos; introducción que es la poesía encantadora, dulcísima, que precede á la prosa del matrimonio consumado.

En aquel sitio, pues, se veía en agradable mezcla la prosa con la poesía. Las tiernas jóvenes que aun no estaban unidas al sér que idolatraban y que iban delante de los autores de sus días, estaban en la risueña época de la poesía; los seres que les habían dado la vida y que marchaban detras, se encontraban leyendo ya el libro tranquilo de la prosa. Pero este libro encerraba también

su poesía; las jóvenes tan admiradas eran el resultado de esa prosa, y la admiración que causaban, era la satisfacción mas inefable, mas pura, mas tierna que podia halagar el corazón de sus padres: quiere decir, que en la prosa del matrimonio está otra poesía no menos grata, no menos armoniosa, no menos dulce que la otra.

¿Qué autor no se gloria con el buen éxito de sus obras? ¿Qué padre no se gloria con la admiración que causan sus hijos?

¿Qué placer mas grande, mas íntimo, mas espiritual para un poeta, que la creación de los bellísimos conceptos con que cautiva al público? ¿Qué poesía mas dulce para el hombre, que los caros objetos con que Dios bendice los sagrados lazos de su unión?

La época de las pretensiones es la de la poesía erótica; la del matrimonio, la poesía filosófica y sublime.

Entre el animado y numeroso concurso que invadía el Puente de la Merced, de la Leña, la calle de Rodan y el callejón de S. Miguelito; en medio de tantas flores, lujo

y alegría, solo habia un hombre, en cuyo corazon se levantaba un sentimiento rebelde y vengativo.

Este hombre era Willey, que iba dando el brazo á la anciana madre de la hermosa Luz, devorando en silencio los zelos y la desesperacion.

Fijos los ojos en la feliz pareja que iba delante entregada á una conversacion la mas animada y amorosa, cada palabra, cada sonrisa que se dirijian, era un dardo que le clavaban en el pecho y que exaltaba su ira y el deseo de venganza.

—Muy callado marcha vd. hoy, señor doctor.

Le dijo la anciana notando su silencio.

—Sí; voy mirando....

—Ya, ya he visto que no aparta vd. los ojos de Rafael y de mi hija.

—¿Yo?.... no....

Dijo Willey titubeando, temiendo que sospechase algo de lo que pasaba en su corazon.

—Sí; como es vd. un verdadero amigo de Rafael y se interesa vd. de una mane-

ra íntima por su felicidad y la de mi hija, no es extraño que esté vd. pendiente de sus palabras.

—Es cierto:—contestó Willey con aplomo, viendo que sus miradas habian sido interpretadas favorablemente:—Rafael es el amigo único que tengo, y su felicidad me interesa tanto como la mia.

—Lo creo. ¡Y qué buena pareja que hacen! Véalos vd. qué atortolados marchan. ¿No le parece á vd. que va á ser un matrimonio envidiable?

El efecto que aquellas palabras produjeron en Willey fué terrible. La observacion de la anciana estuvo á punto de hacer estallar la cólera encerrada á duras penas en su corazon; pero conociendo que por medio del disimulo se podia llegar al fin que él se habia propuesto, hizo un esfuerzo supremo para contener la ira de que estaba dominado, y contestó con sonrisa forzada.

—¡Oh....! sin duda: será un matrimonio de los mas felices.

—Como formado por el amor: porque

Luz no tiene mas idea ni mas pensamiento que Rafael.

—Ni éste—dijo el doctor ahogando su enojo—mas pensamiento ni otra idea que la de amar á Luz.

—Cierto. Son dos almas con un solo pensamiento, con una sola idea, con un solo deseo.

—Seguramente.

Contestó el doctor reprimiéndose.

—Vd., como padrino que va á ser de este casamiento, debe estar orgulloso de que tanto se amen.

—Sin duda.

Y Willey guardó silencio y miró hácia atrás para ver si marchaban tras él los tres amigos, á quienes para asegurarse mas, les hizo una seña disimulada con la cabeza para que le siguieran.

Pablo, que no le perdía de vista y que advirtió aquel movimiento, volvió la cabeza para ver á quién habia llamado, y al notar en los tres extranjeros, dijo á D. Juan.

—Algo malo intenta ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque he visto que ha hecho seña á aquellos tres que vienen allí muy *desimulados*.

—¿Quiénes?

—Aquellos tres *grandotes* que parecen tres *tristanes*.

—Sí; ya los veo, y en efecto que parecen titanes por su corpulencia.

—¿Y qué dice de eso su merced, niño D. Juanito?

—Digo que nada tiene de particular que les haga señas para que le sigan, puesto que querrá ir con ellos así que deje á las señoras.

—Ya veremos; pero yo soy muy *pico largo* (1), y por si acaso es otra cosa, vámosle siguiendo, porque es fácil si no que le perdamos en este laberinto de *Greda*.

—De Creta, querrás decir.

—De *Greda* ó de Creta; pero ya que le he *comido el trigo* (2); *quero* ver en lo que para esto.

Y continuaron su camino marchando de-

(1) Vivo, listo.

(2) Ya que he descubierto el secreto.

tras de Willey, y observando á los tres amigos del doctor.

En aquel momento dos hombres iban á salir de una tienda de abacería, ó *abarrotés*, como las llaman en México, en donde acababan de empeñar algunas piezas de ropa; pero uno de ellos, al ver á Pablo que pasaba junto á la tienda, se ocultó para no ser visto de él, detras de la puerta, y agarrando de la mano al otro, le hizo que se detuviera.

—¿Qué sucede?

Le preguntó aquel á quien detenía.

—Que no salga vd., Ernesto.

—¿Por qué, D. Diego?

—Porque va ahí el indio Pablo, y si llegase á sospechar que he venido á empeñar los vestidos de mi mujer y de mis tiernas hijas, que merced á sus obsequios compraron, me miraria con horror.

—Como me mira todo el mundo á mí:—contestó Ernesto, que no era otro que aquel jóven de interesante figura á quien vimos en la casa de juego de Duval vender á Doña Anita el marco en que tenia el retrato

de su amada madre.—Sí, como me mira á mí, señalándome como al asesino de mi esposa y de mi inocente hija!

Y el jóven se puso pálido con aquel recuerdo, y se estremeció fuertemente.

—Eh, no hay que entregarse á la tristeza.

Le dijo el esposo de Elisa.

—Es una idea que no me deja un solo instante, D. Diego; una idea que me acosa como el remordimiento á los condenados, y solo en el juego, en esa fatal mesa que labró la desgracia de toda mi vida, encuentro el olvido de mis penas.

—Vamos, pues, á esa mesa que á vd. y á mí con tal rigor nos ha tratado, y véamos si hoy sacamos de ella una cantidad que cambie nuestra triste posicion social.

—Vd.—dijo Ernesto con profunda tristeza—aun puede ser feliz si la fortuna le sonrie, porque vd. solo ha perdido sus bienes materiales, y éstos se pueden volver á adquirir fácilmente en el mundo; pero ¿quién me devuelve á mí la tranquilidad del alma? ¿Quién arranca de mi conciencia ese grito constante que en todas partes y á todas ho-

ras me acusa de asesino de mi querida esposa y de mi inocente hija. . . . ?

—Los bienes se recobran jugando; la tranquilidad de conciencia, con el arrepentimiento. Pero dejémonos de reflexiones, y marchemos á jugar, ya que ha pasado Pablo.

—Sí, marchemos; porque yo busco ya en el juego, no el remedio á mis males, que no lo tienen, sino el adormecimiento de ellos, como apura el enfermo el ópio, no para recobrar la salud, sino para morir con menos tormentos.

—¿En cuánto ha empeñado vd. lo que trajo?

—En veinte pesos.

—En otros tantos he empeñado yo lo que traje: formemos, pues, vaca, como habíamos convenido, y con los cuarenta pesos, estoy seguro que desbancaremos.

—Aquí tiene vd. mi parte, para que vd. sea el que juegue.

Dijo Ernesto entregándole los veinte pesos en que había empeñado todo lo que le quedaba.

—Está bien: ahora, marchemos.

—Marchemos.

Y Ernesto y Diego, discurriendo sobre el sistema que debían seguir para ganar, salieron de la tienda y cruzaron por entre la gente que invadía todos los puntos.

Entre tanto la hermosa Luz, apoyada en el brazo de su amante, y entregada á las más risueñas esperanzas de amor y de ventura, se paseaba tranquila por aquel improvisado pensil que presentaba una vista la más animada y deliciosa.

Preciso es haber concurrido el Viérnes de Dolores á ese sitio triste y olvidado el resto del año, para tener una idea de la afición de los mexicanos á las flores, y del afán de comprarlas para adornar con ellas los altares que elevan en sus casas todas las clases de la sociedad, desde la más rica hasta la más pobre, á la Madre del Salvador, el Viérnes de Dolores.

Aquí varias canoas que acaban de vender sus flores, se alejan para hacer lugar á otras que, al vender las suyas, desaparecen para que ocupen su lugar otras cien y cien que se suceden sin interrupción: allí varios criados de casas particulares cruzan por enme-

dio del gentío, llevando en la cabeza grandes canastas llenas de rosas, amapolas y claveles, mientras multitud de revendedores se agolpan á la orilla de la acequia á comprar á los indios todo lo que conducen en las canoas.

El ruido, el bullicio, la animacion y la alegría que reina en esos momentos es indescriptible.

Eran ya las nueve de la mañana; el gentío era inmenso: los balcones de la calle de Roldan y del callejon de S. Miguehito, lo mismo que las azoteas, estaban apretadas de personas de ambos sexos: las canoas que habian llegado cargadas de flores, iban quedándose sin ellas: canastas llenas de amapolas, rosas y claveles eran conducidas, ya á las fondas para adornar las mesas, ya á las casas particulares para adornar los altares improvisados.

El sol empezaba á hacerse insoportable, y la gente decente comenzaba á retirarse.

—Vamos ya, que el sol abrasa.

Dijo á Luz su anciana madre.

Y la jóven, apoyada en el brazo de su di-

choso amante, bajó por el Puente de la Merced, y penetró en las anchas calles, con direccion á su casa.

El doctor, dando el brazo á la anciana, iba por detras celoso y frenético, y dirigia la vista hácia la acera de enfrente por donde iban sus tres amigos.

A corta distancia, y observando todo, iban D. Juan y el indio Pablo.

Al llegar á la puerta de la casa, el doctor se dispuso á despedirse de las señoras.

Sus tres amigos hicieron alto en la esquina de la calle.

Don Juan y Pablo fingieron quedarse hablando enfrente.

—¿No pasa vd?

Dijo la anciana á Willey.

—Mil gracias: tengo que visitar algunos enfermos: tendré el gusto de volver mas tarde.

—Como vd. guste.

—Hasta luego.

El doctor se despidió de las señoras y de Rafael, y cuando ellas penetraron en el za-

guan, acompañadas del último, Willey se dirigió á donde le esperaban sus amigos.

—¿Ves como no habia intentado nada, y que lo único que deseaba era que le esperasen para ir con ellos?

Dijo D. Juan á Pablo.

—Ya lo veo; pero siempre *jué* bueno venirles siguiendo.

—Ahora, si quieres, te acompañaré á ver al padre Enrique.

—Vamos, señor.

Y Pablo y D. Juan se alejaron, cuando Willey llegaba á donde estaban sus tres amigos.

—¿Conocen vdes. bien la casa y la calle?

Les preguntó el doctor en voz baja.

—Perfectamente.

—¿Están vdes. resueltos á servirme en lo que me prometieron?

—A cualquier hora.

—Mil gracias.

—¿Qué debemos haer?

—Escúchenme vdes.

Y Willey les dió algunas instrucciones en secreto.

Poco despues se separó uno, y pasó por enfrente de la casa examinándola detenidamente, y se fué á colocar en la otra esquina de la calle.

Igual cosa hizo el segundo, que se fué á reunir con el primero.

El tercero, separándose de Willey, pasó por junto á la puerta, miró con ojo escudriñador hácia dentro, y se juntó á sus compañeros.

Pronto se reunió el doctor á ellos; se hablaron en voz baja, se apretaron la mano, y se separaron, citándose para un sitio.

Willey, contento de ver que podia contar con la cooperacion de los tres hombres que acababan de separarse de él, exclamó interiormente, brillando en sus ojos la alegría de los réprobos.

—Mi plan es infalible; Luz, esa jóven orgullosa que me desprecia, será mia sin remedio.

Y como si esta idea despertase en su corazon otra de igual naturalza, añadió:

—Pero antes que los desaires de ella, he

sufrido los de otra ingrata belleza que he jurado vencer: los de la hermosa Elisa. Tengo en mi poder, hace tiempo, el documento terrible para poder triunfar de su esquivez; la carta con que le he estado amenazando que le enseñaría á su esposo si no correspondía á mi pasión; pero que no ha producido resultado ninguno, porque no me ha visto resuelto á hacerlo. Sin embargo, es ya preciso tomar una resolución decisiva; es preciso que elija de una vez, entre mi cariño y la entrega de ese papel al hombre á quien está unida. Si supiese que la encontraría en este instante sola....

Willey se detuvo sin acabar la frase, al encontrarse sus ojos con dos hombres que en aquel momento penetraban en una casa de juego.

Estos dos hombres eran Ernesto y Diego, á quines vimos empeñar los únicos objetos de valor que tenían para exponer su importe al azar de una carta.

—La fortuna me sonríe;—pensó interiormente Willey al ver entrar á Diego en la casa de juego.—Elisa está sola, como an-

helaba: es preciso hacerla saber mi última resolución; hacerla comprender que el documento que guardo lo verá inmediatamente su esposo, si no corresponde á la pasión que ha encendido en mi pecho. Vencida su resistencia por el temor, solo me resta triunfar de Luz, que no pueda salvarse del lazo que la he tendido.

Y Willey, dominado por la pasión impura que inflamaba su corazón; por aquel deseo sensual que no conocía límites en él y ante el cual lo atropellaba todo, acarició la lisonjera esperanza de un próximo y seguro triunfo.

Willey, como lo hemos dicho ya otras veces, era uno de esos hombres que sienten encenderse su corazón á la vista de la primera mujer hermosa que encuentran: uno de esos hombres tenaces y emprendedores, que lejos de arredrarse ante los obstáculos, se sienten con mayor fuerza para vencerlos; porque esos obstáculos son incentivos poderosos á la pasión bastarda que abrigan y que se han propuesto satisfacer: uno de esos hombres que solicitan

sin descanso el amor de todas como una cosa imprescindible, necesaria á su corazon, y que sin embargo, no aman á ninguna: que tienen por un instante fija su imaginacion en una de las bellezas que les cautiva, y que se olvidan de ella para ocuparse á poco de otra que se presenta á su mente risueña y seductora: hombres cuyo corazon se asemeja á un espejo que se encuentra ocupado por la última figura que se presenta.

Y esto habia sucedido con el doctor.

Cuando su mente estaba fija en la hermosa Luz, la presencia de Diego le hizo recordar que existia Elisa; y acariciando la idea de poder vencer su esquividad en aquellos instantes en que la creia sola, se olvidó de la primera, y halagado por la esperanza de un seguro triunfo, abrazó con ardor un criminal pensamiento que concibió de repente, y se dirigió hácia la casa de la desdichada Elisa.

CAPITULO XIII.

La Semana Santa.

En ningun país se celebra con mas gusto y animacion la Semana Santa, que en la bellissima ciudad de México.

No hay sala de casa particular donde la devocion de la familia no haya improvisado un vistoso altar, donde despiden su aroma las pintadas y variadas flores, brillen los vasos con vivas aguas de colores, heridas por millares de encendidas velas de blanca cera, adornadas de papel de oro y plata, que oscilan suavemente, produciendo un efecto maravilloso, y donde en brufidas fuentes